

ALGO DE MÍ

¡Hola amigos! Espero que todos hayáis disfrutado de unas Felices Pascuas de Resurrección. No olvidéis que, para nosotros, esta alegría es para siempre, aunque volvemos a lo cotidiano.

Dentro de nuestra curiosa amistad cibernética de buena gente, muchos queréis saber más de mí y me pedís que cuente cosas. La verdad es que yo tengo la misma curiosidad ¿cómo llegaron vuestros correos?

Creo que algo he dicho ya. Sólo me falta el currículum. A grandes rasgos explico, para los nuevos, que soy periodista jubilada de la Subdirección de informativos de TVE, doctora “cum laude” en Hª de América, por la Complutense y profesora de la Facultad de Ciencias de la Información de esa Universidad. Trabajé también en varias publicaciones. El Corriere della Sera, me obligaba a ir con frecuencia a Milán, algo que me encantaba.

He sido Vicepresidenta de una Asociación Internacional de Periodistas y me dieron un Lazo de Dama de Isabel la Católica que anda por ahí.

Para que se me bajen los humos, uno de mis sobrinos, gran devorador de mariscos, buscó creo que en Google, una receta y allí, entre langostinos y centollos, encontró uno de mis artículos ¡No somos nadie!

Creo que la vida de una reportera es una continua sorpresa y que, de vez en cuando, podemos reírnos todos.

Es el caso de este artículo, basado en un hecho real. Era justo, después de la transición, cuando el Presidente Suárez dio los primeros pasos para que la mujer se sintiera libre y responsable, nombrando a María del Mar Vanaclocha, Subdirectora General de una especie de Ministerio de la Condición Femenina.

Yo me alegré porque, no mucho antes, una lectora me escribió contándome. Había tenido problemas con un hijo adolescente y tuvo que ir con urgencia a una institución. A la hora de firmar, le dieron el alto: usted no puede, su marido sí; a no ser que sea viuda. Y ella contestó sin pensarlo: “esperen ustedes, que voy, mato a mi marido, y vuelvo”.

Era aquel un ambiente muy curioso. Quizás contribuyó al éxito del artículo que titulé.

EL MARISCO Y LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

“Volvía a deshora de grabar una entrevista y tropecé con una de esas

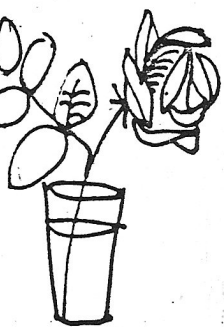
cervecerías de barrio que sirven marisco fresco a precio aceptable. Suelen ser patrimonio de los hombres, los únicos que, en días laborables, pueden tirar de cartera, a la hora del aperitivo, dándole al fútbol, la política y la nécora. Por eso me extrañó ver tres chicas solas, inflándose de mariscos con botella de Ribeiro por medio. Me senté en una mesita vecina, con hambre de lobo. Poco después, otra señora despistada, tomó asiento con aire de "cuerpo qué quieres".

Fue el comienzo del suspense, la gota que desbordó el vaso. Los caballeros debieron transmitirse la alarma y se volvieron, todos a una, para contemplar el espectáculo. Las tres chicas pedían ahora champán, otra ración de cigalas y una docena de ostras. Yo hacía también por la vida y la señora de mi izquierda no se quedaba atrás. La consternación de los caballeros era evidente.

En el bar, algo estrecho, se había creado una hosca tierra de nadie entre la barra de mirones y la única fila de mesitas que ocupábamos, junto a la pared.

Me sentí molesta y llamé al camarero: “¿Por qué nos miran así estos señores? ¿Nunca han visto a mujeres comer marisco?”. El hombre respondió tartamudeando que no era frecuente ver mujeres solas- sin caballeros “paganos”-consumiendo de aquel modo.

Fue entonces cuando tuve la extraña sensación de estar viviendo un momento histórico. Había llegado la liberación de la mujer. Engels tenía razón: la emancipación femenina era cuestión de economía. Cuando una mujer sola se come un centollo, los goznes de la sociedad pueden chirriar.



Había que dejar constancia de aquello y las abordé. Las tres chicas, trabajaban en el Tribunal de Cuentas y habían cobrado. Nadaban entre un mar de cáscaras rosadas con olor a mar. La señora de mi izquierda, era encargada de una tintorería y también daba muestras de buen "saque". "Yo me lo gano, yo me lo como", era su teoría. Había tenido una mañana terrible de trabajo y se desquitaba.

El hecho estaba allí, había llegado la liberación. ¿Quién puede negar que sólo una mujer libre, saborea su nécora, en solitario, caiga quien caiga?"

Curiosamente, la primera felicitación por esta "reality" fue una carta calurosa de la

Subdirectora General de la Condición Femenina. ¿Hace el rollo? Un abrazo.

Déborah